

## HOMENAJE A LA CORRECCIÓN Y A QUIENES LA PROTAGONIZAN

*Gerardo Caetano*

En primer lugar creo que es muy bueno que el libro tenga su día, más allá –y esto tal vez sea algo obvio, pero no trivial– de que todos los días tienen que ser el Día del Libro, aunque fuere un poquito. Pero eso no quiere decir que no sea necesario organizar una conmemoración especial, que incluyamos la celebración específica en nuestro calendario.

Y qué mejor para conmemorar el libro que hablar con mayor profundidad de la fragua compleja del libro. Qué mejor que centrarnos en uno de los protagonistas, a menudo olvidados y a mi juicio fundamental, de todo libro, que es quien desempeña el oficio –que así debe ser considerado– de la corrección.

Ustedes saben que la Academia Nacional de Letras tiene una misión, un compromiso integral con el idioma. Y ese compromiso se traduce en múltiples perspectivas de trabajo. Se traduce, por ejemplo, en la defensa del idioma como un instrumento de comunicación, de defensa de los derechos, un instrumento que otorga a las personas capacidad para mejorar su propia calidad de vida y para pelear por la mejora de la calidad de vida de la sociedad en su conjunto.

La Academia Nacional de Letras, en esta defensa integral de todo lo que involucra el idioma, también tiene, como dice el compañero Juan Grompone, una visión que trasciende fronteras y que se proyecta en clave internacional. En ese sentido, somos internacionalistas, no podemos no serlo. Porque entre otras cosas, el idioma español, que en realidad, como me han enseñado, cada vez más es un idioma español americano, es un idioma del mundo, hoy peleando los primeros lugares. Es un idioma en construcción, que va transformándose en el itinerario de su propia historia. Claro que se transforma, nunca queda igual, vive en el cambio y a través del cambio. Pero esa transformación incesante no se realiza contra la tradición: la historia del idioma fluye desde tradiciones, que es la mejor manera de cambiar.

Cuando se cambia desde la escisión cultural respecto a lo que somos o hemos sido, contra las tradiciones que portamos en nuestras alforjas, por lo general somos hablados de manera inconsciente por esas mismas tradiciones que queremos negar. Y lejos de generar una transformación profunda, terminamos “inventando la bicicleta” o ingresando en callejones sin salida.

En esta tarea de defender el idioma y de cambiar junto a él, en búsqueda de una mayor comprensión de sus rasgos e identidades, el libro es un instrumento especial. Por cierto no es el único instrumento. Las peleas por el idioma no solamente se dilucidan en el libro, se definen en múltiples ámbitos, pero el libro es un escenario particular. Que en ese escenario hoy premiemos a Maqui Dutto, tiene la fuerza de un símbolo.

A Maqui la conozco desde hace bastante tiempo, no voy a decir cuántos años, pero son varias décadas. En primer lugar, conocí a Maqui antes de que se construyera como la correctora profesional que es. Y puedo dar fe de que siempre, la primera señal que Maqui daba era una enorme capacidad cultural. Es una persona culta en el sentido más profundo del término y creo que ese fue uno de sus principales razones a la hora de configurarse como una correctora. ¿En qué se ve su cultura? En muchas cosas, pero en una particularmente: es una gran curiosa. Tiene la curiosidad de la cultura genuina, tiene el rigor intelectual de hurgar en torno a las palabras, de disputar y tratar de reconocer y explorar la historia de las palabras, el sentido de las palabras, la magia de las palabras. Esas múltiples huellas que dejan las palabras en su historia constituyen una red de vínculos fuertes. No es un vínculo sencillo, no es un vínculo siempre cordial, no es un vínculo apacible. No, es un vínculo intenso que muchas veces a uno lo deja muy inquieto.

Por eso en estos largos años con Maqui tuvimos muchos vínculos de trabajo compartido. También fue correctora de muchos de mis libros y, antes que nada, debo decir que a menudo tuvimos diferencias y hasta algún conflicto. Esa es la primera prueba... Ese es el primer filtro conceptual para entender qué es un buen corrector: alguien que tiene con el autor una relación complicada, que muchas veces llega al conflicto. En verdad se trata de una interrelación exigente, como la amistad, como cualquier forma de un vínculo amoroso, en este caso con la cultura, con las palabras.

¿Por qué esta es una relación difícil y por qué Maqui para mí es una extraordinaria correctora pero a partir de asumir ese vínculo complicado con la corrección de cualquier texto? En primer lugar, porque Maqui defiende algo a lo que yo finalmente terminé adhiriendo y que los editores tendrían que adoptar: lo primero que debería hacerse al establecer una relación con un autor es darle una estatuilla, que obligatoriamente debe tener en la mesa de trabajo, y que diga “el lector”, que represente al lector. Que el autor tenga, cuando levanta la vista, la visión imaginaria y omnipresente del lector.

Esto es muy importante. Les puedo decir, desde el campo de las ciencias sociales, que no es solo que se escriba mal –y se escribe muy mal–, es que no se piensa en el lector. Y a veces *ex profeso* –por falta

de rigor intelectual, porque eso denota problemas de pensamiento, de reflexión— se elude al lector. Se saltea ese filtro conceptual básico que es tratar de presentar y de defender cualquier hipótesis de una manera en que quepa en la brevedad y pueda ser entendida por alguien que no es un colega. Muchas veces, la falta de rigurosidad conceptual lleva a esas escrituras ininteligibles —para el que las hace, y ni que hablar para el que las recibe— por no pensar en el lector.

Maqui siempre fue una especie de fiscal de corte del lector. Esta figura del fiscal de corte es una figura institucional muy importante pero también muy polémica, que la Constitución señala que no está subordinada a ningún poder porque representa a la sociedad. Y ese aspecto que constitucionalmente es revolucionario no ha podido ser traducido en la realidad institucional cotidiana: de allí ese conflicto permanente que hay entre los fiscales y el poder político, que pasan los gobiernos y sigue en términos de una relación complicada.

Maqui construye su oficio representando a los lectores, representando a la comunidad interpretativa, y lo hace de manera muy exigente. No a través de esa deriva, que tanto nos preocupa, de la banalización de la escritura para que, como alguien ha dicho, los libros se puedan *leer en bajada*. Hace muy poco tiempo escuché que el mejor elogio a uno de los *best sellers* uruguayos era “este libro se lee en bajada”. Era cierto, se lee en bajada, pero la bajada no se interrumpe nunca y no diré donde termina... La reivindicación del lector no es ayudar a construir esos “libros en bajada”.

El corrector discute con el autor, pero finalmente el que decide es el autor. Está bien que así sea, porque mala cosa sería que resolviera el corrector. No lo admitiríamos. Pero buena parte del éxito de un libro está en la capacidad de negociación, en el mejor de los sentidos, entre el autor y el corrector. Esto es particularmente difícil cuando entre el autor y el corrector está la intermediación del compilador o del coordinador de libros colectivos. De esto puedo dar fe, tengo bastante experiencia y es muy complicado. Porque ahí hay como dos filtros, muy difíciles, y una interacción humana muy complicada.

Esta relación exigente y difícil entre el corrector y el autor no solamente pasa por la corrección técnica, que es muy importante; incluso podríamos abundar mucho en torno a qué podemos llamar técnico. Pero aquí la función del corrector, y en el caso de Maqui lo he visto muchas veces, va mucho más allá y forma parte de la forja de un rigor conceptual más profundo. No solamente están en juego las reglas: están en juego conceptos, y además conceptos que muchas veces no están sometidos a reglas, que tienen que ver con el rigor intelectual. Esto que en esta cultura de lo instantáneo, en esta cultura del *fast*, cuesta. Escribir cuesta.

Hay como una idea peregrina de que escribir es un “vuelapluma”, de que es un “daimón” que de alguna manera nos aborda en un momento y que escribimos prácticamente con los ojos cerrados.

No, escribir es durísimo, la página en blanco es terrible. Y muchas veces uno está sometido a una pugna, a una lucha que exige mucho rigor y que exige dolor, por qué no decirlo. Y no es que seamos masoquistas, pero exige dolor. Para llegar a una idea, a veces hay que dar tres, cuatro, cinco, diez vueltas, y a veces uno tiene la tentación, en medio del cansancio, en medio del agobio, en medio de los plazos, de ceder. Bueno, en esos trances, Maqui nos tortura, nos pide siempre una vuelta más. Y esto es muy importante. Por eso no es solamente una corrección técnica sino también conceptual, que nos lleva a pensar con más rigor intelectual, que tiene que ver con la forma como está escrito, pero también con el contenido que se busca transmitir.

Muchas veces decimos: “Tenemos que adaptar el contenido a una forma que nos permita llegar a más lectores”. La cuestión es que muchas veces ese objetivo depende del contenido más que de las formas. Es como cuando quieren separar la gestión de la teoría: “Tiene las ideas claras pero es mal gestor”. No, las ideas no las tiene claras, gestiona mal porque no tiene el rumbo definido. Esa muchas veces es la explicación por lo menos para la confusión. Y allí la figura del corrector, cuando trabaja como lo hace Maqui, es sumamente importante.

La corrección es hoy particularmente relevante, entre otras cosas, porque vivimos en una sociedad que no corrige. En una sociedad donde la idea de la corrección es una mala palabra. Es una sociedad en la que nadie quiere evaluar, en la que nadie quiere corregir, en la que se escribe y no se vuelve a leer lo que se escribió, en la que muchas veces el mal uso de un instrumento fantástico como el Internet nos impone atajos perezosos. Las nuevas tecnologías de información y comunicación nos permiten corregir como nunca nadie pudo hacerlo, con apertura de posibilidades que autores de siglos pasados hubiesen dado cualquier cosa por tener. Y sin embargo, esta sociedad del *fast food*, del instante, tiene frente a la corrección un bloqueo. La defensa de la corrección me parece un tema hasta de política cultural sumamente importante.

Y además hacerlo profesionalmente. Y en esto hay un registro que quiero destacar muy particularmente. Siempre hubo correctores, y muy buenos. A veces incluso hubo correctores que eran autores y corregían a otros, casi siempre. Sin embargo, como incorporación de un proceso de maduración y modernización de prácticas, Maqui ha protagonizado algo que yo creo que ya está instalado pero que tiene que profundizarse mucho más, que es la profesionalización, con todo lo que esto implica, del rol del corrector.

Hay un momento en que el autor no puede seguir corrigiendo lo que escribió, en que necesita una lectura externa. En ese trance, los amigos tampoco pueden ayudarlo, tampoco sus colegas, aunque puedan hacer otro tipo de contribuciones. Hay un momento en que se necesita una corrección profesional, sometida a reglas del oficio, que termine de construir, como Maqui y otros lo han hecho en el Uruguay, un oficio, como se hace en el mundo.

Tuve el honor de proponer a Maqui como merecedora de este premio. Lo hago desde una convicción profunda, y agradezco a mis queridos compañeros de la Academia que de inmediato hayan aceptado entusiastas la idea. Estoy seguro de que no me equivoco. Yo he formado la convicción de la relevancia enorme de la figura del corrector justamente a partir del trabajo que Maqui ha hecho con muchos de mis textos. Entonces, esta propuesta surge de una convicción muy formada que tiene mucho tiempo.

Y con el más que justo premio a Maqui Dutto, en la Academia queremos simbolizar la necesidad de ir a esos otros productores invisibles del libro, para que el lector conozca más, para que la comunidad interpretativa profundice en torno a lo que recibe cuando lee un libro. Para que conozca los múltiples oficios que convergen en esta tarea, que es una tarea colectiva, en la que muchas veces el que se lleva todos los honores es el autor. Allí hay actores invisibles que merecen también el reconocimiento y que más de una vez hasta podrían ser considerados como coautores de una labor que es colectiva, cada vez más colectiva.

Por eso, desde una convicción intelectual muy firme, estoy muy contento de que en esta ceremonia del Día del Libro en el año 2012 reconozcamos la figura del corrector y lo hagamos premiando a alguien como María Cristina Dutto.